

Masculinidad/es y violencia	Titulo
Cevasco, Gaby - Autor/a;	Autor(es)
Chacarera (No. 34 2007)	En:
Lima	Lugar
Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán	Editorial/Editor
2007	Fecha
	Colección
Identidad de género; Masculinidad; Violencia; Perú;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Peru/cmp-flora-tristan/20120823013712/myv34.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Debate feminista

Transformar los procesos de construcción de las identidades de género es fundamental para erradicar la violencia y lograr una vida mejor para ambos sexos. Uno de los objetivos es plantear masculinidades alternativas a las tradicionales que se definen a partir del ejercicio del poder y de la violencia.



Masculinidad/es y violencia

Gaby Cevalco*



Un tema que se está trabajando en América Latina para prevenir y desterrar la violencia contra las mujeres es el de las masculinidades. Y esto a través de investigaciones y procesos de sensibilización, desde un enfoque de género, que tienen como sujeto de estudio al hombre en relación con la mujer.

Los primeros grupos de estudio, específicamente sobre género y masculinidad, surgieron a mediados de la década de los 70 en Estados Unidos como una respuesta y a partir de las investigaciones feministas de la segunda ola. Según R.W. Connell (1995), todas las sociedades «tienen explicaciones culturales del género, pero no todas tienen el concepto de masculini-

dad». Para él, el concepto es inherentemente relacional, pues existe solo en oposición a la feminidad.

Connell señala cuatro aproximaciones teóricas de lo que es la masculinidad: la esencialista (definición a partir de un núcleo de lo masculino); positivista (lo que los hombres realmente son); normativista (lo que los hombres deben ser); semiótica (lo masculino como la no-feminidad).

Abordar las masculinidades implica interpelar el poder, pues las relaciones de género se construyen en relaciones de poder entre un sujeto masculino que es hegemónico y un sujeto femenino subordinado. Es decir, entre dos sujetos diferenciadamente valorados. Sobre esto, Cristina Molina señala que el patriarcado asigna espacios tanto en el aspecto práctico como simbólico, y los valora; es decir es el poder que establece la diferencia, situándose en el centro (androcentrismo) de todo.

Los expertos hablan de proponer masculinidades alternativas frente a las masculinidades tra-

dicionales que siguen el modelo patriarcal del sistema de poder. Contrarrestar estas masculinidades que se caracterizan por su sexismo, misoginia, por su homofobia y por una heterosexualidad compulsiva

Las masculinidades tradicionales no obedecen a construcciones libres y autónomas de parte de los individuos, sino que son expresión del sistema social imperante que se internaliza desde los primeros momentos de la socialización en la familia y la escuela y se refuerza a través del aprendizaje del lenguaje, de la religión, las costumbres, valores, en los grupos pares y referenciales, en las relaciones de competencia, medios de comunicación, etc. A medida que el varón va creciendo mayor es la presión social para que demuestre su virilidad.

La presión social lleva al individuo a una actitud de permanente defensa de su masculinidad, pero al mismo tiempo al rechazo de todo aquello que es diferente. Lo diferente que es feminizado y

Abordar las masculinidades implica interpelar el poder, pues las relaciones de género se construyen en relaciones de poder entre un sujeto masculino que es hegemónico y un sujeto femenino subordinado.



por consiguiente devaluado, pues en la constitución del varón la heterosexualidad es el criterio de lo «normal».

Abordar las masculinidades desde un enfoque de género es analizar éstas en el marco de las teorías feministas sobre la construcción de las identidades masculinas en oposición al sujeto mujer que es dominado e invisibilizado. Estas identidades son vistas en un contexto determinado, por lo que además del sistema de género, hay que tener en cuenta la división de clase, la cultura, etnia, edad, entre otros.

Para que los estudios de las masculinidades tengan impacto, los hombres deben confrontar el rol que tienen en el poder patriarcal, en el orden social, de tal manera de ir deconstruyendo éstas para construir masculinidades alternativas. Esto parte por deconstruir, también, la concepción del cuerpo, concebido el cuerpo masculino como una versión plena y el femenino como una manifestación disminuida del mismo, como señala Laqueur. E implica, también, deconstruir este yo hiperdesarrollado y transformar la esfera emocional, permanentemente reprimida.

A lo largo del tiempo, los roles asignados tradicionalmente a hombres y mujeres han ido modificándose; sin embargo, es lento el cambio de la concepción de lo masculino y de lo femenino. El hombre definido como el sujeto público, político, proveedor único, ya no existe, pues estas funciones las comparte hoy con las mujeres. La incorporación de la mujer al mercado de trabajo ha sido el principal elemento de este cambio cultural, que ha originado una «crisis de las masculinidades».

Masculinidad y violencia

Existe una preocupación a todo nivel sobre la violencia contra la mujer, y es que no obstante las campañas esta violencia continúa siendo una pandemia. Se ha reconocido que una de las debilidades de este trabajo es que no se han fortalecido las estrategias que apunten a un cambio de mentalidades. Para ello es fundamental trabajar con hombres y mujeres lo que es la construcción de las identidades.

La relaciones desiguales de poder entre hombres y mujeres genera la violencia, por la valora-

ción diferenciada de los sujetos. Las mujeres desde los orígenes de la cultura occidental han estado definidas por su rol reproductivo en la esfera privada, mientras que al hombre se le ha asignado el rol productivo en la esfera pública, considerada socialmente como lo creativo y trascendental. Esta división ha dado lugar a que el hombre tenga un rol de dominación y las mujeres un rol pasivo.

Para Connell las definiciones patriarcales sobre la feminidad (pasivas, dependientes, temerosas) son un «desarme» cultural que puede ser tan eficaz como un desarme físico. No es sorprendente entonces que en muchos casos de violencia doméstica las mujeres no se defiendan, a pesar de que físicamente puedan hacerlo. Por ello el trabajo feminista se propone construir resistencias frente al patriarcado y de esa manera corroer las bases que sustentan el dominio de las masculinidades hegemónicas.

La violencia tiene su origen en el deseo masculino de imponer su autoridad sobre las mujeres, llevados por la supremacía que les otorga la ideología patriarcal. Si entre los varones la violencia es un mecanismo para medir fuerzas o para afirmar la masculinidad, en relación a las mujeres y otros grupos subordinados es un mecanismo de dominación. La violencia se da ante el temor del varón de perder su posición de poder y dominio frente a su pareja, lo que lo lleva a ejercer la violencia para no perder su condición masculina, como señala Norma Fuller.

Un hombre que pierde posición frente a una mujer es visto negativamente frente a sus pares. Por ello la resistencia femenina es una amenaza a su autoestima, a perder la legitimidad de su poder. Esto les genera una gran tensión e inseguridad e intenta retomar el control haciendo uso de la fuerza, de la violencia (Corsi, citado por Miguel A. Ramos P., 2006).

En el imaginario social aún prevalece la idea de que la mujer está al servicio de la satisfacción del hombre, y esto es reforzado día a día por los medios masivos de comunicación, y en ellos por la publicidad. Esto puede llevar a la violencia sexual, tomar por la fuerza lo que está allí para satisfacer los instintos y el ego de los varones, lo que tiene como grave consecuencia la violencia sexual.

Otra idea que todavía subsiste es esposa igual

propiedad del varón. No es de extrañar, entonces, que frente a la sospecha o el temor a la infidelidad un varón reaccione con violencia y llegue al feminicidio. De acuerdo a estudios, ésta es una de las principales causas del asesinato de las mujeres.

Todo ello lleva a la urgencia de abordar el trabajo de las masculinidades en relación a la mujer, especialmente con jóvenes, en un momento de sus vidas cuando están construyendo las relaciones con el otro sexo. Éste es uno de los objetivos del trabajo del Centro Flora Tristán. Por una parte, contrarrestar los contenidos de la televisión, teniendo en cuenta la influencia que ejercen sobre los más jóvenes y en una etapa en la que aún no están plenamente desarrolladas sus capacidades cognitivas para analizar críticamente los contenidos de los medios. Por otra parte, a través de espacios de reflexión que los lleve a cuestionar la construcción de estas masculinidades hegemónicas.

Sin embargo para continuar el debate sobre las masculinidades falta responder algunas interrogantes que están pendientes: ¿dónde está el sujeto político de las masculinidades? ¿Cómo así construir masculinidades más genuinas y autónomas, y no solo como oposición a lo no femenino? ¿Cómo revalorar lo masculino y en base a qué referentes? El aporte de los estudios de género para la reflexión sobre las masculinidades ha sido fundamental, pero, como señaló Paul Flores a raíz de este artículo, aún está pendiente resignificar la categoría masculinidad y verla como una categoría autónoma, alejándola de la negación (no femenina) y de la lógica de todo poder.

Las masculinidades en debate

El tema de las masculinidades fue el eje de un seminario internacional, organizado, en Cochabamba, por la Oficina Jurídica de la Mujer de Bolivia, con el apoyo de Oxfam-Novib. Se propuso como un espacio de intercambio de experiencias sobre el tema. El Centro Flora Tristán estuvo presente para compartir el trabajo que viene realizando con jóvenes.

Participaron representantes de diversos países, como Nicaragua, Colombia, Chile, México,

Perú, El Salvador y Bolivia. Entre algunos de los asistentes preguntamos por qué consideraban importante el trabajo sobre masculinidades como una estrategia para erradicar la violencia contra las mujeres. He aquí sus respuestas.

Para Devanir da Silva de Chile es fundamental trabajar con hombres, especialmente jóvenes, pues «están abiertos al cambio, están buscando alternativas; si bien los adultos se muestran partidarios de esta necesidad en la práctica no se dan los cambios esperados».

«Estamos planteando a los hombres que es posible vivir de otra manera —dice Javier Muñoz de Nicaragua—, no solo por las mujeres, también por ellos mismos, para que tengan una vida mejor». Agrega que «la violencia no está desvinculada de la masculinidad, porque a través de ella garantizamos el poder que la misma cultura ha otorgado a lo masculino».

Walberto Tejada W. de El Salvador dice que trabajar con los hombres el tema de las masculinidades «es tomar la llave del problema de la violencia, que se sensibilicen y asuman su responsabilidad». Para él esta labor tiene que darse desde el colegio, «sobre todo en los niveles primarios, porque el gran reto es prevenir la violencia y eso implica cambiar los esquemas que legitiman la masculinidad; siempre se está atacando los efectos, pero no se va a la fuente».

Jimmy Tellería es un especialista en el tema de las masculinidades en Bolivia, y señaló que, por un lado, se debe «trabajar con hombres que han ejercido violencia para que no la repitan, además hay que darles apoyo terapéutico». Agregó que estudios que está realizando Miguel Ramos de Perú (Universidad Cayetano Heredia) «muestran que hay mucha culpa y arrepentimiento en los hombres que han ejercido la violencia y buscan apoyo para terminar con ella». Por otro lado, dijo que «el tema de la violencia ha sido definido como una práctica ejercida por los hombres, y vemos violencia a través de los juegos, medios de comunicación, las guerras que se justifican en defensa de la democracia». Por consiguiente «es indispensable repensar el rol que tienen los hombres en la sociedad, porque en el proceso de construcción de la identidad masculina se privilegia la violencia como un medio para imponer su poder».